

# EL SOCIALISMO CHILENO FRENTE A UNA ENCRUCIJADA

A medida que el aciago 4 de Septiembre de 1964 se va alejando de nosotros, podemos ver cómo la nebulosa que cubrió nuestros ojos de manera fatal, empieza a disolverse. Ello nos permite comprobar la verdadera dimensión de la crisis en el pensamiento y la acción de la izquierda.

Desarrollamos toda una estrategia en función de triunfadores seguros, pero no nos preocupamos de imaginar los principios generales de una acción como perdedores.

Y ahora lamentablemente nos encontramos frente a un hecho real y concreto. La Democracia Cristiana da a su gobierno las características de un reformismo indiscutible, que asienta en la conciencia de las capas medias y aún de grandes sectores del proletariado, la esperanza confiada de estar en el camino de las verdaderas soluciones económico-sociales.

Frente a esta actitud del gobierno y de los sectores sociales citados, la política de "oposición constructiva" del FRAP, no hace más que demostrar a estos grupos una ubicación que fácilmente es tachada de demagógica, cuando no de sectaria y dogmática.

¿Es que se puede adoptar una política de oposición cerrada o constructiva frente a un proyecto de "promoción popular", que con toda la demagogia que representa, no deja de entrañar aunque superficialmente un principio de solución a ciertos problemas populares?

Estamos evidentemente frente a un gobierno que pretenderá efectuar reformas de carácter social, sin herir fundamentalmente los intereses del latifundio, de la banca y de la gran industria; y menos aún de los inversionistas extranjeros. Pero estas reformas, por superficiales que sean, plantearán una diferencia frente al anterior inmediato gobierno de Alessandri, que se proyectará hacia ciertos sectores sociales despolitizados confirmando en ellos su inclinación al reformismo pequeñoburgués.

En este ambiente, la oposición enunciada por el FRAP se torna ante los ojos de estos sectores sociales, obstruccionista y antipática. Confirmada además esta imagen por la propaganda del propio gobierno y por la demagogia de la Democracia Cristiana, que no perderán ocasión de demostrar al pueblo las "inconsecuencias oposicionistas" del Frente de Acción Popular.

¿Corresponde por el contrario, una política de colaboración a las medidas del gobierno? De ninguna manera; si estamos conscientes de que sólo las grandes transformaciones estructurales que terminan definitivamente con la acción negativa del imperialismo, del latifundio feudal y de la burguesía monopolista, pueden dar al pueblo de Chile la libertad y el bienestar material que hoy les son negados.

¿Cuál es entonces la política a seguir por los partidos de la clase obrera?

He aquí el gran problema de la izquierda en el momento actual, y que ha pretendido ser solucionado de una manera a nuestro juicio simplista, por el Frente de Acción Popular.

Pero este problema, no emana exclusivamente del hecho imprevisto que fue el triunfo del señor Eduardo Frei. No es propio de la situación generada con el advenimiento del gobierno demócrata-cristiano. Seríamos poco honrados si pretendiéramos atribuir este callejón aparentemente sin salida, sólo a la problemática ambiental desatada por el reacondicionamiento de las fuerzas políticas en el país después del 4 de Septiembre de 1964.

El problema de la crisis en el pensamiento y la acción de la izquierda chilena, atañe a todo un proceso tradicional de deformación de la estrategia revolucionaria, que tiene raíces muy antiguas. Es el producto de una acumulación permanente de errores conscientes e inconscientes, que en cierto modo forman parte de la dolorosa experiencia que constituye la conformación de un proceso revolucionario.

A partir del Frente Popular, en que se inició la franca colaboración pequeñoburguesa de los partidos populares con los representantes de la oligarquía latifundista y monopolista, se ha venido impulsando una estrategia política adecuada a las prácticas electorales de la democracia liberal imperante. Es decir, una política zigzagueante, reformista, sin metas claras y sin imaginación creadora. Supeditada siempre a los intereses electorales del momento.

¿Cómo crear así una conciencia revolucionaria en la clase obrera?

La desorientación que emanaba de esta conducción subjetiva, encarnó profundamente en la conciencia de los trabajadores y ahora no podemos reprocharles sin implicarnos nosotros mismos en el reproche, su falta de conciencia de clase.

El reformismo pequeñoburgués de los partidos de centro encontró el camino fácil hacia la conciencia de algunos de estos sectores. Se encontraron con un movimiento gremial con muy débil tradición revolucionaria; en algunos casos nula. Y con una fuerte tendencia economicista. Era fácil introducir en ellos una concepción reformista y socialdemócrata.

Desde la constitución del FRAP evidentemente hemos sido una oposición política responsable ante el gobierno de la burguesía. Pero no hemos llegado más allá. Nos hemos conformado con ser opo-

sición dentro del actual orden burgués y respetando el juego de la legalidad burguesa. Es decir, que nos hemos comportado como una oposición cuando más progresista; pero no una oposición genuinamente revolucionaria. Vamos al Parlamento a legislar para el orden burgués; a estudiar y discutir proyectos que el Ejecutivo, como representante calificado de los intereses económicos que forman parte inalienable del sistema capitalista, envía para su aprobación. Y a veces logramos modificar circunstancialmente algunos de ellos haciéndolos aparentemente favorables a las grandes mayorías; esto, en alianza con parlamentarios de otras tendencias políticas de centro, y aun de derecha. Damos así a la clase trabajadora la sensación de que es posible solucionar problemas aunque sea en parte, para los sectores mayoritarios. Luego se espera recoger dividendos, en la primera elección parlamentaria.

—Si esto lo podemos hacer con una brigada de 30 o 35 parlamentarios, ¡imagínense lo que se haría con 50 o 60 diputados y senadores!

Es más o menos el raciocinio que pretendemos proyectar contra las masas laborantes.

Pero esto de ninguna manera significa hacer revolución, ni impulsar la creación de una poderosa conciencia revolucionaria en el movimiento popular.

Nuestra oposición de galería resulta relativamente fácil frente a un gobierno tradicionalmente reaccionario y genuino representante de las clases plutocráticas. Pero, el caso es, cómo ahora, frente a un gobierno profundamente demagógico que ha desarrollado conscientemente una caracterización de tipo popular, que es además muy convincente para grandes sectores populares y de clase media. Aquí nuestra oposición se torna bastante ambigua y aún contraproducente.

¿En qué podrá consistir entonces nuestra oposición?

En estos instantes, para contestar esta pregunta, es preciso empezar por reconocer el verdadero estado en que se encuentra la izquierda chilena, especialmente a partir del 4 de Septiembre.

## II

Hablar de la izquierda chilena implica necesariamente referirse al Partido Socialista. Nuestro Partido tiene una experiencia de relativamente larga lucha. Por lo mismo, es su presencia la que debemos enjuiciar a través de la crisis de la izquierda.

Hemos llegado al momento en que la herencia gravitante de toda una generación ha entregado definitivamente su aporte teórico-práctico al movimiento popular. Entramos ahora a una nueva etapa en la que una generación diferente, con una conciencia política distinta reclama asumir su propia responsabilidad conductora.

Durante treinta años el socialismo chileno ha venido confor-

mando un camino para el movimiento popular. Se ha analizado nuestra realidad económico-social y se ha elaborado una teoría en función de esta realidad, de positivos aportes doctrinarios. Pero en mérito a la verdad debemos decir que no siempre esta búsqueda acuciosa de un instrumento doctrinal ha marchado unida a la acción práctica. Más bien, ha habido un tránsito permanente de lo auténticamente esencial y revolucionario, hacia lo meramente electoral y contingente. La madurez política de la clase trabajadora no ha logrado plasmarse en un ambiente de legítima acción revolucionaria.

El Partido ha entregado en lo teórico elementos de positiva orientación para la clase trabajadora. Se ha analizado la realidad nacional e internacional con certero juicio, llegándose a aportes creadores de gran trascendencia, que talvez aún no se han evaluado en su exacta magnitud. Sin embargo, no se ve en la acción inmediata del Partido Socialista una correspondiente afinidad a estos principios teóricos. Existe más bien un divorcio evidente entre la teoría y la práctica socialistas.

¿Es la realidad político-social la que impide impulsar una acción en armonía con el planteamiento doctrinal?

Si así fuera, tendríamos que concluir que nuestra elaboración ideológica producto de treinta años de experiencias ha sido antojadizamente falseada. Pero no es ese el caso. El planteamiento teórico del Partido es correcto tanto en lo nacional como en lo internacional. El problema reside más bien en la institucionalidad orgánica del Partido. En lo que el Partido ha sido hasta ahora desde su nacimiento, al margen de su aporte doctrinario. Porque no debemos olvidar que este aporte es el producto de un reducido sector, que muchas veces se contrapone al interés de un gran número de militantes.

El Partido Socialista ha sido desde hace treinta años un partido de izquierda, pero esencialmente, nunca fue un partido revolucionario. El constitucionalismo de la democracia liberal-burguesa lo afectó desde sus comienzos, introduciéndolo en la práctica del electoralismo democratoide. Y en esta práctica se formó toda una generación de socialistas. El desplazamiento teórico del Partido hacia las grandes concepciones revolucionarias del marxismo, no significó de ninguna manera un cambio en la esencia de su institucionalidad. Ella ha permanecido inmutable en la presencia activa y gravitante de la antigua generación.

Hoy podríamos decir que la vieja esencia del Partido empieza a quebrarse, ante la presencia de una nueva generación. La conciencia de ésta se ha formado en una problemática distinta, y ello le hace asumir su condición de revolucionaria en una justa evaluación de la realidad social de nuestros días.

Ante esta situación, no cabe la represión ni el coartamiento de la libre expresión de las tendencias renovadoras. Por el contrario,

se debe dar margen a un amplio diálogo hasta establecer claridad en la nueva perspectiva del socialismo.

El gran imperativo histórico del momento para todos los militantes conscientes del Partido Socialista, es hacer claridad en ellos mismos, sobre el verdadero camino a seguir. La izquierda reclama en estos instantes una reinterpretación de sus postulados teórico-prácticos. Hay que señalar ahora un camino preciso y claro. Nada de ambigüedades ni de formulaciones generales susceptibles de ser alteradas en la práctica.

No puede estarse con quienes piensan en la formación de un nuevo partido de la revolución chilena. Por el momento debemos pensar que esta solución tiene mucho de aventura. Sobre todo, si se piensa realizarlo sobre la base de actitudes personales de determinados hombres. El Partido de la revolución chilena no puede llegar a formarse de una manera artificial, impulsado por la voluntad de un pequeño grupo, que aparte de su honradez teórica y doctrinaria, no puede representar aún las inquietudes profundas que subyacen en la infraestructura del movimiento popular.

Un partido no se hace de la noche a la mañana. Los trabajadores no pueden seguir un conjunto de ideas elaboradas en frío, que se proyecten como una anticipación de la realidad. El Partido nace junto al pueblo, enraizado a sus múltiples problemas y saturado de experiencias concretas. De estas últimas, en forma natural, surge la estrategia como la formulación general de un proceso y como la expresión de un camino.

La discusión en torno a la búsqueda de un camino para el socialismo es impostergable. El movimiento popular está huérfano de perspectivas a corto y largo plazo.

Tenemos en primer lugar que llegar a establecer claridad sobre el concepto de izquierda y sobre la base de su amplitud. Tenemos que calificar una estrategia y una táctica revolucionarias que tengan una validez frente a la actual etapa que se inicia con el gobierno democristiano del señor Eduardo Frei. Y tenemos, en fin, que transformar al Partido Socialista en una verdadera vanguardia revolucionaria, que busque la unificación de todos los sectores genuinamente marxistas, en una lucha común frente a la burguesía y al imperialismo.

### III

**Claridad en el concepto de Izquierda:** El concepto de izquierda parece que hubiera perdido su histórica significación en Chile. Sobre todo, después de la elección presidencial de Septiembre de 1964. Si bien en su gestación, el término de izquierda nace históricamente para designar la oposición al tradicionalismo y reaccionarismo denominado en consecuencia de derecha, su validez histórica se desplaza y adecúa cada vez a la fundamentación de un pen-

samiento y una acción política contrarias a los regimenes establecidos.

En Chile, la Sociedad de la Igualdad en 1850, viene a significar un serio intento por constituir una seria corriente de opinión y de acción izquierdista. Santiago Arcos Arlegui fue un socialista utópico, que concibió una acción política dentro de la realidad chilena de entonces, a partir de la organización y aglutinamiento de las fuerzas populares y en torno de sus genuinos intereses materiales. La Sociedad de la Igualdad fue por lo tanto un intento de izquierdización de los sectores populares y de polarización de fuerzas en contra de los poderes establecidos.

Pero en la medida en que las clases sociales se van caracterizando más claramente; en la medida en que la burguesía asume definitivamente su papel agresivo y defensivo en contra de los demás miembros de la sociedad, los conceptos de izquierda y derecha van conformando nitidamente sus contornos y sus límites. Sus respectivas e irreconciliables ubicaciones se hacen más profundas y violentas.

Entre izquierda y derecha no puede haber doctrinaria ni prácticamente ubicaciones de centro. Los grupos económicamente intermedios, cuya estabilidad material depende de manera específica de la permanencia del orden burgués, están adscritos de manera esencial a la derecha. Son los sectores que sin pertenecer a la burguesía, por la naturaleza de sus inversiones y por la forma de procurarse y hacer su vida social, están ligados a ella por relaciones de tipo capitalista.

Otras capas de apariencia intermedia (funcionarios, profesionales de clase media, pequeños comerciantes e industriales, artistas, intelectuales), que no obstante dependen para subsistir no de inversiones directas, o por lo menos en muy pequeña escala, y sí en cambio, de los medios que puedan proporcionarles la burguesía y el estado, tienen que gravitar necesariamente al lado de la izquierda. Esto, si su conciencia de clase está claramente manifestada. A estos sectores no le queda más que unir su destino al de las grandes mayorías explotadas, porque de dicha unidad depende la transformación del orden vigente y su posterior liberación.

Asumir una posición de izquierda, es hacerlo desde la esencia misma de nuestro destino de clase. Es desear un cambio fundamental de las estructuras capitalistas. Es querer impulsar una acción política y revolucionaria hacia la constitución del socialismo. Asumir una actitud izquierdista, es en fin, aceptar totalmente la fundamentación doctrinaria y práctica que define a la izquierda.

Quienes, pretendiendo adoptar una posición izquierdista, conciben esta acción sólo como una voluntad progresista de reformas sin cambios fundamentales, se constituyen automáticamente en un factor negativo, que frena y desconcierta la proyección de las clases genuinamente revolucionarias.

Este enjuiciamiento tiene especial validez en la hora actual, para el ambiente político-social iberoamericano. Por la configuración específica de nuestras burguesías nacionales, está descartada en esta región la posibilidad de una revolución democrático-burguesa. Cuba ha confirmado de manera concreta esta aseveración.

#### IV

**Estrategia y táctica revolucionarias para el movimiento popular:** En este sentido consideramos que la línea política del Partido, Frente de Trabajadores, tiene plena vigencia. La estrategia de Frente de Trabajadores es la consecuencia del análisis y discusión en torno a las posibilidades de desarrollo económico y de redistribución de la riqueza en los países subdesarrollados. Queda establecido rotundamente que el sistema capitalista de producción ha fracasado en Iberoamérica. Que en tal sentido el carácter de nuestra revolución no podía ser democrático-burguesa, como se suponía necesaria e indispensable en el curso hacia el socialismo. Este postulado tradicional había sufrido en América y fundamentalmente en Chile la prueba de su imposibilidad práctica. El Frente Popular, cuya orientación y dirección correspondió en su oportunidad a ciertos sectores de la burguesía, había señalado una experiencia amarga, en la que el proletariado se vio asignado a un papel secundario de mera comparsa, sin caberle una decisiva influencia en la marcha de la acción económico-social. Y los grandes problemas nacionales quedaron nuevamente sin resolver, comprobándose el fracaso de las revoluciones democrático-burguesas.

Ante estas experiencias, el Congreso de Unificación del Socialismo en 1957, expresa que únicamente las fuerzas sociales no comprometidas con el actual orden económico, pueden llevar a cabo las grandes transformaciones económico-sociales que el país y la clase trabajadora necesitan. Que este tipo de revolución, con características propias, nacionales, se denominará Revolución Democrática de Trabajadores, y tendrá la siguiente definición:

1) Será una revolución hacia el socialismo. Lo que significa que deberá crear las condiciones necesarias para realizarlo.

2) Es antimperialista, en cuanto ha de luchar para rescatar de manos de los consorcios extranjeros las riquezas naturales que forman el patrimonio económico de nuestro país.

3) Es antifeudal, en cuanto deberá introducir fundamentales modificaciones en el régimen de tenencia de la propiedad agraria, eliminando el latifundio como resto de dominación feudal y creando el sentido de que la tierra pertenece a la comunidad y que únicamente puede ejercer el dominio sobre ella el que es capaz de trabajarla en su máxima posibilidad.

4) Es clasista, en tanto expresa que la única clase social con autoridad histórica para cumplir los objetivos reestructuradores

de esta revolución es la clase trabajadora, que no se encuentra comprometida con el orden actual, sino por el contrario permanece oprimida y en condiciones de explotación y miseria. La clase trabajadora debe ser la rectora del movimiento liberador, sin impedir esto, la participación activa y creadora de otras fuerzas sociales que sin estar comprometidas con el imperialismo y la oligarquía, encajen su actividad en los planes de la revolución.

5) Es democrática, en cuanto aspira a la ampliación de la soberanía popular e impondrá el mandato del pueblo a través de las instituciones perfeccionadas.

6) Es profundamente humana, en cuanto todos los cometidos de su acción propenden a la dignificación del hombre, meta fundamental del socialismo.

7) Es americana, porque reconoce las características comunes de todos los países subdesarrollados de Iberoamérica y propende por lo tanto hacia una integración económica de sus estados, que asegure condiciones de desarrollo productivo que correspondan a mercados poderosos.

Esta es la fundamentación político-social del Frente de Trabajadores, cuya táctica consiste en la agrupación y unificación de todas las fuerzas de clase y de todas las agrupaciones que sean expresión de las masas trabajadoras, para enfrentarlas a la clase minoritaria de la burguesía y la oligarquía campesina, ambas aliadas del imperialismo.

Se trata ahora, de hacer de esta línea política una verdadera herramienta de acción y conducción de la clase trabajadora. Como formulación meramente teórica no presta ningún servicio a la causa del movimiento popular. Se trata de que es necesario radicalizarla en los frentes de masas, enraizarla al movimiento popular y convertirla en su estrategia y táctica permanente. Para ello es necesario descartar de una manera resuelta la esperanza en el tránsito pacífico y electoral hacia el socialismo. La experiencia del 4 de Septiembre de 1964 sirva ya de lección definitiva.

La política de Frente de Trabajadores, bien interpretada y aplicada, descarta toda posibilidad de colaboración parlamentaria en el actual estado burgués. No cabe pues una estrategia de oposición legislativa al Partido Socialista. Su estrategia de oposición política y de denuncia deberá plantearla y proyectarla desde el seno mismo del movimiento popular. Cada parlamentario un activista; cada dirigente un activista, actuando todos permanentemente en los organismos de masas; denunciando los falsos manejos del gobierno, y colaborando revolucionariamente en los proyectos de beneficio popular. ¿Hay que construir casas para el pueblo? Colaboremos nosotros con el gobierno, conduciendo a los pobladores a la toma de terrenos, donde se construirán sus habitaciones. Conduzcamos a los campesinos a tomar la tierra para hacer una efectiva reforma agraria. Llevemos a los obreros a la toma de fábricas y con-

duzcámoslos a la generación de una revolucionaria huelga general.

Para ello necesitamos evidentemente un Partido Socialista, convertido en una verdadera vanguardia revolucionaria. Un partido que se proyecte con todas sus fuerzas a la formación de una Central Única de Trabajadores auténtica, que controle a los diversos gremios que la forman, y que tenga contenido revolucionario. Sin ello, toda acción será inoperante. No podemos estar impulsando dualmente, una acción electo-parlamentaria por un lado, y por otro una labor revolucionaria de formación de cuadros sindicales y políticos dirigentes, con proyección hacia los grandes centros gremiales. Ambas políticas son excluyentes. La experiencia lo ha demostrado. Si el partido es una vanguardia revolucionaria, debe actuar en función de tal, radicalizándose en la masa, y usando la vía electoral sólo como un medio de hacer conciencia revolucionaria en los diversos sectores masivos. Hoy no se hace absolutamente.

## V

No es necesario, como piensan algunos camaradas, buscar antecedentes estadísticos para definir las interrogantes que afectan en estos momentos al desarrollo de nuestro movimiento revolucionario. Son bien claras las tácticas que emplea el capitalismo en su tremenda sed de permanencia. De ellas se pueden inferir sin equívocos, las actitudes oportunistas de diversos grupos enquistados en nuestro movimiento.

Pero la afirmación que podamos hacer en torno a la necesidad de una estrategia y una táctica revolucionaria, la extraemos concretamente de la observación del proceso de desarrollo del movimiento revolucionario mundial.

No se trata tampoco, como lo plantean dichos camaradas, de que existe una obstinación de ciertos grupos, por adelantar una interpretación puramente teórica y apriorística de nuestra realidad. Es más bien la inquietud natural de quienes vemos con más o menos clara conciencia, la reiterada equivocación que gravita en la conducción del movimiento popular.

Estamos situados de una manera inobjetable en el límite histórico de dos etapas que se contraponen definitivamente. Nuestro siglo es el siglo de la transitoriedad casi absoluta. El mundo se transforma por instantes de una manera vertiginosa. Se transforma el capitalismo en sus expresiones formales, consciente ya de su declinación irreversible. El socialismo avanza con las banderas desplegadas y es una realidad que experimenta más de un tercio de la población mundial. Los movimientos de liberación nacional en el Asia y en el Africa han emergido con inusitada violencia; y en América hispana, Cuba, está señalando una ruta a la constitución del socialismo iberoamericano.

La crisis interna del régimen burgués en las grandes naciones

centroproductoras, se manifiesta en sus intentos desesperados por mantener el control de los mercados internacionales.

Los grandes ciclos periódicos de florecimiento económico del capitalismo mundial, son en estos instantes cada vez más el producto artificial de medidas gubernamentales. Las clases dirigentes buscan a través de ellas atenuar y postergar la crisis definitiva del sistema. Pero una vez cumplidos los efectos del antídoto vital, la contracción y la crisis se hacen nuevamente presentes con mayor agudeza, y afectan crudamente los niveles de vida de las clases trabajadoras.

¿Podrá esta situación mantenerse indefinidamente en los países capitalistas?

Pensamos que sólo puede mantenerse hasta cuando las clases trabajadoras de estas naciones, pasen de una actitud pasiva y contemporizadora, a una resuelta acción política de resistencia a la pérdida de sus niveles de vida, y se orienten en consecuencia en una proyección revolucionaria hacia la toma del poder.

Vemos cómo los presupuestos militares sirven de tabla de salvación en los períodos de receso económico. Los movimientos de liberación nacional de los pueblos de Asia y Africa configuran un ambiente propicio, que es aprovechado por los imperialistas como focos de experimentación militar y de destrucción masiva. Los utilizan además como una salida al movimiento mercantil de la producción bélica.

La política internacional de Washington se aviene a mantener las líneas generales del statu-quo concertado con la Unión Soviética, en tanto de esa política obtenga los beneficios de un amortiguamiento de los movimientos de liberación nacional controlados por los partidos comunistas. El peligro de una guerra mundial permanece latente, y sólo postergado por el equilibrio de ambas potencias en el control de las armas atómicas. El tratado de proscripción nuclear sólo implica prohibición de las experimentaciones atómicas. De ninguna manera niega a los países subscriptores la continuidad en la fabricación de esta clase de armas ni la distribución de ellas a determinadas áreas geográficas. La amenaza de exterminio masivo es por lo tanto un riesgo latente.

Por otra parte la coexistencia pacífica transformada en una estrategia internacional del campo comunista controlado por Moscú, ha traído por consecuencia la escisión del movimiento comunista mundial, polarizándose la controversia acerca de la estrategia, entre China y la Unión Soviética.

No cabe la menor duda de que en esta controversia, se han introducido factores ajenos al aparente problema de fondo. Y existe por parte de China evidentemente, una actitud determinada por su propio problema económico.

Pero no podemos dejar de reconocer tampoco, que en estas circunstancias, su actitud aparente o real, coincide con el problema

de fondo surgido en el movimiento revolucionario mundial, derivado de la aplicación por parte de los Partidos Comunistas, de la estrategia de coexistencia pacífica.

Al margen de los factores interesados que puedan desfigurar en estos instantes la discusión planteada entre Moscú y Pekín, y aún al margen de la discusión misma de ambas naciones, en el movimiento revolucionario mundial se ha hecho presente un problema ideológico que es necesario dilucidar cuanto antes, pues está afectando de una manera cardinal a todo el proceso.

En tal sentido, Iberoamérica se manifiesta en estos momentos como un cuadro de experimentación de especial validez para la comprobación de una estrategia y una táctica revolucionaria.

Es una región geográfica en la que el sistema capitalista no ha llegado a desarrollarse plenamente. Ni es posible ya que ello suceda, a juzgar por las características que denotan las clases dirigentes, en su actitud de entreguismo total al imperialismo. La acción directa y hegemónica del capital norteamericano, ha marcado las economías de estas naciones con el sello de una deformación irrecuperable, dentro del actual orden burgués.

Hay quienes piensan todavía que las burguesías nacionales pueden jugar un rol importante en el impulsamiento de una política económica progresista, tendiente a recuperar nuestras riquezas potenciales del control extranjero. Sin embargo es una teoría que viene refutándose permanentemente, en los continuos hechos de la política internacional iberoamericana.

La acción del imperialismo europeo, y posteriormente norteamericano en América Hispana, se inicia con caracteres de verdadera importancia política, hacia la segunda mitad del siglo 19. Las inversiones extranjeras que se introducen en la construcción de redes ferroviarias y en las concesiones de explotación de servicios públicos, terminan accediendo al control definitivo de las fuentes naturales de riquezas de cada nación. Obtienen así la regulación del mercado de materias primas en beneficio de los intereses de los inversionistas particulares.

Y este saqueo sistemático de nuestras materias primas, se efectúa con el consentimiento culpable de las oligarquías criollas, que prefirieron entregar las riquezas nacionales a la codicia del imperialismo, antes que sacrificar uno solo de sus doblones en una acción independiente de desarrollo productivo en cada país.

Las burguesías nacionales señalaron desde entonces, y lo han venido confirmando más y más hasta la fecha, su absoluta incapacidad para constituirse en una fuerza progresista dispuesta a iniciar el proceso de desarrollo económico social de estas regiones sobre la base de la incorporación definitiva y aprovechamiento nacional de nuestras riquezas potenciales.

Las revoluciones democrático-burguesas han quedado por lo tanto descartadas en Iberoamérica. La lucha antimperialista, anti-

feudal y antioligárquica, es una bandera tomada por los propios pueblos, en contra de las burguesías nacionales y de su aliado el imperialismo norteamericano. El carácter de la revolución americana está constituido por el enfrentamiento decisivo de las clases asalariadas en contra del orden burgués para sustituirlo definitivamente como lo comprobó Cuba, por un nuevo régimen de transición hacia el socialismo. Los casos de Guatemala y Bolivia, demostraron por el contrario, que aquellos movimientos de liberación que no tengan por meta la implantación del socialismo, o sean lo suficientemente débiles como para no llegar a concretarlo, derivan necesariamente a una mayor sujeción a las exigencias del imperialismo norteamericano y a un desvirtuamiento total del contenido popular del movimiento. Para terminar con la acción negativa del imperialismo, es necesario impostergablemente destruir a la burguesía como clase social, porque aquél actúa en Iberoamérica a través de ésta. Y un proceso revolucionario auténtico en cualquiera de nuestras naciones, sólo puede darse a través del enfrentamiento violento.

La violencia, sistemáticamente utilizada en contra de las burguesías iberoamericanas y del imperialismo, es un camino que América Latina viene construyendo dentro de sus propias características, y está constituyendo un aporte experimental práctico de gran importancia para la discusión acerca de la estrategia del movimiento revolucionario mundial.

**PLA** una librería diferente \_\_\_\_\_

**libros - discos - cerámica**

\_\_\_\_\_ **MAC - IVER 267**